

VOCES DEL DESIERTO. HISTORIA. TEOLOGÍA. ESPIRITUALIDAD

INTRODUCCIÓN

El “desierto” es una palabra llena de resonancias, de polivalencias semánticas. El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua* ofrece dos acepciones. Como adjetivo, significa “despoblado, solo, inhabitado”. Y como sustantivo, “lugar despoblado por su esterilidad y falta de vegetación”. Ese es el sentido más común y popular, el más primario, evidente y pobre. Pero el término es susceptible de otras interpretaciones más hondas y universales considerado en su significación histórica y cultural, religiosa y social. Por ejemplo, cuando pensamos en los “Padres del Desierto” como realidad histórica de los primeros siglos del cristianismo, no se entiende bien lo del lugar “despoblado e inhabitado” porque ellos eran los habitantes de aquellos despoblados. Y tampoco lo de la “esterilidad y falta de vegetación”, porque a veces los ermitaños transformaron las inmensas soledades arenosas en vergeles florecidos. Además, desde la edad media, los nuevos ermitaños que poblaron Europa escogieron su hábitat no en los “desiertos” de arena, sino en medio de bosques y espesuras, como los de la *Grande Chartreuse*, de *Premontré*, de *Citeau*, de *Vallombrosa*, o del desierto de *Las Batuecas* y otros desiertos del Carmelo teresiano.

Esos lugares desérticos e inhóspitos se convierten, en ocasiones, en teofánicos. En ellos, y en algunos montes privilegiados, los profetas de Israel tuvieron una percepción clara de que Dios-Yahvé era un ser viviente, que los utilizaba para revelarse al pueblo. Moisés y el profeta Elías en el A. Testamento, Cristo y san Juan Bautista en el N. Testamento, son tipos privilegiados que encarnan los valores religiosos a los que aludo. Los “Padres del Yermo”, fundadores de lo que hoy conocemos como “vida religiosa”: monjes, frailes, institutos

seculares, siguen la tradición carismática y profética de los grandes líderes religiosos de Israel y de la primitiva Iglesia cristiana.

En estos apuntes trazo una breve semblanza de los primitivos ermitaños, anacoretas y cenobitas, que en los siglos IV-VII poblaron los lugares solitarios en varias partes de la geografía cristianizada: Palestina, Egipto, Siria, Asia Menor y algunos lugares de Occidente. No se trata de una investigación original, profunda, con aportación de nuevas fuentes o nuevas interpretaciones, sino de reflexiones sobre un tema suficientemente conocido, pero de eterno retorno. Es una lectura espiritual de la historia pasada y una proyección sobre el presente de nuestra Iglesia y nuestra civilización, tan alejada de aquellas mentalidades. Los antiguos Padres del Yermo y los monjes pueden convertirse en maestros de las generaciones presentes.

De tanta variedad como ofrece la historia de la vida monástica en el primitivo cristianismo, selecciono aquellas prácticas y doctrinas más significativas para los lectores modernos y que puedan ser vividas, de alguna manera, en nuestro tiempo.

I. HISTORIA DE LOS “PADRES DEL DESIERTO”

1. *Presupuestos*

Antes de iniciar el tema, acepto, como algo históricamente demostrado, que el *monacato*, la vida en el desierto como eremitas o cenobitas en todas sus modalidades, es un fenómeno inherente a la creencia y vivencia religiosa, y ésta una exigencia natural del ser humano. De estos principios se derivan algunos corolarios.

Primero. Que el *monacato cristiano es un fenómeno autóctono y endógeno de las regiones más cristianizadas* tanto de Oriente como de Occidente. Y, en consecuencia, que *no es copia de experiencias monásticas precedentes y existentes en otras regiones y religiones.* Exceptuadas algunas raíces judías, el monacato cristiano se alimenta de la vida y las enseñanzas de Jesucristo y de los dogmas cristianos. Esto no obsta para que su tronco originario novedoso tenga muchas analogías con otras formas y prácticas monásticas propias de otras religiones. Al fin y al cabo, el fondo oscuro y numinoso del fenómeno monástico está inscrito en el subconsciente del hombre a la búsqueda de lo Absoluto.

Segundo, que el monacato cristiano *no nació en un punto geográfico concreto* y desde él se expandió a otras regiones; sino que

surgió sincrónicamente en distintos lugares cristianizados de Oriente y Occidente, como Egipto, Palestina, Siria, Asia Menor, Italia, España, Francia, Irlanda y otros lugares, sobre todo a partir del siglo IV. Esta constatación histórica demuestra la verdad del primer supuesto: que allí donde nace una comunidad creyente en Dios, surge espontáneamente un grupo que quiere vivir lo religioso con toda la radicalidad en solitario o en comunidades monásticas. Así lo confirma un moderno historiador del monacato, conocedor como pocos de las fuentes monásticas.

“El monacato cristiano representa un paso más en la evolución de la vida perfecta que, desde sus orígenes, se practicaba en la Iglesia. Según todas las probabilidades, el movimiento monástico, que adquirió pronto enormes proporciones, surgió más o menos al mismo tiempo en diversos países. La afirmación tantas veces repetida de que nació en Egipto y desde allí se propagó al resto del mundo cristiano, constituye una simplificación insostenible”¹.

Tercero. Como confirmación de lo dicho en el orden histórico, se puede afirmar que los “desiertos” anteriormente citados, y otros muchos, abundantes en los siglos medios, *tienen una evidente conexión con la religiosidad cristiana*: son lugares habitados por monjes y eremitas, que huyeron del mundo a la soledad no por ideas negativas ni pesimistas sobre el mismo, sino guiados por un instinto religioso. Esa llamada de la soledad y del desierto aparece en muchas –¿todas?– tradiciones religiosas y está presente en la tradición bíblica del Antiguo y del Nuevo Testamento y la viven los personajes más eminentes e influyentes. Quizá, dentro o al margen de esas soledades, serán los montes los lugares con mayor caracterización religiosa y hasta teofánica.

2. *Las fuentes históricas*

Con estos presupuestos podemos analizar las “fuentes” primitivas que documentan la existencia y la vida de muchos de aquellos “atletas del exilio”, cenobitas o eremitas. Es un material literario y doctrinal hoy suficientemente conocido por los investigadores en las lenguas originales, especialmente, griego y latín, y, algunas traduci-

1 García M. Colombás, *El monacato primitivo*, Madrid, BAC, 1998, p. 45. Reimpresión, en un solo volumen, de otra edición anterior en dos volúmenes en la misma editorial.

das a las lenguas modernas, a las que cualquier lector puede acceder. Esas fuentes refieren las hazañas de los campeones cristianos luchando contra sí mismos (la carne-pasiones), contra el ambiente perverso (el mundo) y contra el mal (encarnado en el demonio). Gracias a esa documentación podemos reconstruir hoy suficientemente bien “la espiritualidad de los Padres del Desierto”.

En cuanto a su contenido formal, en algunas *Vidas* de santos ermitaños se puede dudar de la existencia misma del protagonista. Son auténticas novelas históricas, pero no por eso desechables, sino muy valiosas porque describen el ambiente histórico o geográfico, la sociedad y la vida eclesiástica del momento, la realidad y el sentido del monacato, etc. A veces son piezas literarias o teológicas de primer orden. Otros textos son escritos hagiográficos, entre la historia, la ficción y la teología, obras compuestas por historiadores de oficio o por tratadistas de la vida monástica, testigos de vista de los hechos narrados.

Entre ellas hay que colocar, posiblemente en primer lugar, la *Vita Beati Anthonii*, obra del obispo y patriarca de Alejandría san Atanasio, escrita poco después de la muerte del gran asceta egipcio en el 356, auténtico *Bestseller* de su tiempo. Es un texto literario complejo, como otras muchas fuentes del cristianismo primitivo. Parece un simple dibujo o biografía de un santo ermitaño cristiano. Pero, en realidad, es un troquel para configurar la imagen de un monje cristiano santo según el modelo supremo, Cristo. El eremita Antonio no sólo es el hombre que abandonó sus bienes terrenos dándoselos a los pobres para seguir a Cristo; sino el cristiano que vence a sus propias pasiones y al Mal, personificado y visible en las exhibiciones del demonio. Las armas son la fe cristiana, la gracia de Cristo, que Antonio recibe de la Iglesia en los sacramentos y otras mediaciones religiosas. Por todo ello la *Vita* se convierte en un manual de historia de la Iglesia, de teología y de espiritualidad².

Una fuente abundante la constituyen las muchas *Vitae Patrum*, una colección de *Vidas* de monjes, especialmente eremitas famosos, populares y milagreros, escritas por varios autores, como san Jerónimo, que escribió, entre otras, la *Vita sancti Pauli*, modelo de ermitaños cristianos, con toda probabilidad una novela histórica. En ese *corpus* literario se encuentran también historias completas de

² Se puede leer en castellano, San Atanasio, *Vida de Antonio*, Madrid, Ciudad Nueva, 1994.

comunidades monásticas en las distintas regiones de la cristiandad, escritas por varios autores, y cuyas obras aprovecharé después.

Allí se encuentran, por ejemplo, la *Historia monachorum in Aegypto*, atribuida a Rufino de Aquileya. La *Historia Lausiaca*, de Paladio, obispo de Helenópolis, sobre los ermitaños de *Palestina*, tanto hombres como mujeres. La *Filotea*, o *Historia religiosa*, de Teodoreto de Ciro, sobre los excéntricos *monjes y ermitaños sirios*. El *Pratum spirituale*, de Juan Moskos, cronista en el tardío siglo VI, sobre la vida de los monjes en varios lugares. En ellas aparecen los más relevantes y conocidos Padres del Yermo: *Antonio abad, Hilarión, Onufrio, Pacomio, Basilio, Efrén, Simeón Estilita, Juan el Limosnero, Macario, Barlaán y Josabat* y otros muchos. Y de algunas mujeres no menos célebres en el santoral cristiano: santa *Eugenia, Eufrasia, Eufrosina, María Egipciaca*, etc.³

A ellas había que añadir las obras del abad Juan Casiano, monje en tierras de Francia, las *Colaciones* y las *Instituciones de los monjes*; más que historias propiamente dichas son Reglas de vida y doctrina sobre el monacato. Lo mismo que las *Reglas* de san Pacomio, san Basilio, san Agustín y san Benito de Nursia. A pesar de ser textos jurídicos o tratados espirituales, sus páginas transparentan bien la vida interna de los monjes, la realidad de los monasterios y de las instituciones monásticas⁴.

Complementan esas colecciones las *Verba seniorum* o *Apotegmata Patrum*, dichos o sentencias espirituales de algunos grandes padres del desierto, maestros y mistagogos del antiguo monacato. Los autores de esas “sentencias” sabias o a quienes se les atribuye, eran verdaderos “maestros espirituales”, directores de los recién llegados, y consejeros de monjes y laicos. Son verdaderos tesoros de sabiduría procedentes de una cultura religiosa y una vida monástica y mística muy profunda. Esos maestros, no siempre superiores de los monasterios, eran queridos y respetados porque transmitían

3 Muchos de estos materiales se encuentran en la *PL* vols. 73-74. En caso de no editarse en estos volúmenes todas estas obras, los editores remiten a los lugares correspondientes de la misma colección patrística. Hoy existen ediciones modernas y críticas en varias lenguas. En la colección *Sources Chrétiennes* también se editan algunos textos.

4 Algunas de estas fuentes han sido traducidas al castellano, por ejemplo, Paladio, *El mundo de los Padres del desierto. La Historia lausiaca*, Madrid, Studium, 1970. Juan Casiano, *Instituciones*, Madrid, Rialp, 1957. *Colaciones*, 2 vols., ib., 1961. Juan Mosco - Leoncio de Neápolis, *Historias bizantinas de locura y santidad* (el *Prado espiritual* y *Vida de Simeón el Loco*), Madrid, Siruela, 1999. Isaías de Gaza, *Ascetikón. Vida y doctrina de los Padres del Desierto*, Madrid, Caparrós Editores, 1994. Y otras varias.

mistagógicamente su experiencia de Dios, de la vida monástica y su saber espiritual⁵.

De todo ese material, y otros relatos hagiográficos, se confeccionaron las *Leyendas áureas*, las *Vidas de los santos*, los *Años cristianos*, la misma *Vita Christi*, de Ludulfo de Sajonia, El Cartujano, alimento espiritual de muchas generaciones, que provocaron conversiones a una vida más profunda y evangélica, entre los cuales encontramos a san Ignacio de Loyola y santa Teresa de Jesús, conocidos conversos, escritores místicos y fundadores de instituciones religiosas. Los héroes que presentaban eran los *modelos* de ideas y de ideales cumplidos⁶.

El valor de estas fuentes para la vida del cristiano y de la Iglesia, es claro. En el caso probable y posible de que narren historias objetivamente verdaderas, la finalidad ejemplarizante de los lectores se cumple. Pero también en el caso de que sean historias inventadas cumplirían esa misma finalidad pedagógica: al menos representan la ideología y la espiritualidad de los autores, el ideal cristiano vivido con radicalidad en algunos ambientes eclesiales y sociales. Además, y en cualquier circunstancia, resulta interesante conocer esos relatos por varias razones.

Primera, porque son documentos que iluminan la vida interna de la Iglesia (hecho histórico o proyecto de vida santa), es decir, la espiritualidad de algunos seguidores fieles de Jesucristo, que no siempre se pone en evidencia en las *Historias de la Iglesia*, ni siquiera en las *Historias de la espiritualidad*. En ellas se habla más de su vida externa: las grandes figuras, las relaciones internacionales del papado, las instituciones, etc. *Segunda*, porque es un capítulo muy original, de enorme riqueza narrativa, de una inmensa amplitud y complejidad, aprovechable por los teólogos, los historiadores, los sociólogos y los espirituales. *Tercera*, porque nos sirve para confrontarla con la vida de la Iglesia hoy y ver si aquellas experiencias son recuperables en la actualidad.

5 Existen varias colecciones de esas sentencias sabias, muchas traducidas al castellano. Por ejemplo, *Los Apotegmas de los padres del desierto*, Salamanca, Sígueme, 1986. *Las sentencias de los Padres del Desierto*, Bilbao, DDB, 1988. *Las sentencias de los Padres del Desierto. Los apotegmas de los Padres*, Burgos, Las Huelgas, 1990. Yushi Nomura, *Sabiduría del Desierto. Dichos de los Padres del Desierto*, Madrid, Paulinas, 1984. Y otras muchas colecciones.

6 Para entender todos estos materiales hagiográficos, es necesario una buena guía introductoria, como la de Réginald Grégoire, *Manuale di agiologia. Introduzione alla letteratura agiografica*, Fabriano, Monastero San Silvestro Abate, 1987.

3. *La vida en el desierto*

1) *Claves de lectura de la antigua hagiografía*

Para comprender las historias que narran las fuentes del monacato primitivo, hay que tener en cuenta algunas claves en las que están escritas y las circunstancias sociales y religiosas en las que vivieron los Padres del Yermo. Los autores de esas fuentes se recrean en las prácticas ascéticas de los monjes y ermitaños que para nosotros son excentricidades, y aun aberraciones, propias de gente fanatizada, fundamentalista diríamos hoy, hasta el punto de parecernos seres irracionales. Pues bien, esas historias deben ser leídas teniendo en cuenta las mentalidades colectivas del primitivo cristianismo, la religiosidad, la sociología, la economía del momento. Para ayudar a una mejor comprensión del fenómeno eremítico y cenobítico, propongo las siguientes *claves de lectura*.

Primera. Nosotros, críticos modernos, comparamos aquellas prácticas con el confort que gozamos en nuestras sociedades opulentas del Primer Mundo, y por eso nos parecen propias de espíritus bárbaros, efecto del fanatismo de ciertas sectas gnósticas o maniqueas, adversarios del cuerpo y de la materia como algo diabólico. Pero, para entenderlas en su verdadero significado histórico, el punto de referencia tienen que ser las condiciones de vida que los ermitaños tenían en sus países de origen y en las propias familias. Es verdad que a veces algunos ricos se apartaban de la vida muelle y de un cierto confort, se desprendían de sus bienes y los entregaban a los pobres para seguir a Cristo. O que algunos ermitaños procedían de familias nobles, eran intelectuales, fueron obispos y Padres de la Iglesia etc. Pero la gran mayoría procedían de extracción social baja, eran labradores o pastores, que se refugiaban en los monasterios para huir de la pobreza, y algunos eran desertores del ejército y fugitivos de la justicia por vagos y maleantes⁷.

Segunda. Además, los historiadores de aquellos campeones de la fe narran sólo la vida de los más famosos, pocos comparados con

7 A ello alude J. Lacarrière, *Los hombres ebrios de Dios*, Barcelona, Aymá, 1964, pp. 111-112. Las condiciones económicas y sociales –viene a decir– favorecieron la huida a los desiertos. Crearon unas “sociedades artificiales” que les favorecían. Como campesinos que era la mayor parte, su vida se asemejaba a los esclavos: no poseían tierras, trabajaban para los terratenientes. El autor lo prueba con algún ejemplo ilustrativo. Sólo algunos –entre ellos los fundadores– pertenecían a clases elevadas, como san Arsenio, “preceptor de los hijos del emperador”, según el autor (p. 111).

las inmensas legiones de monjes y ermitaños que durante tres siglos poblaron los desiertos de Oriente y Occidente. Quiere decir que conocemos una historia muy reducida cuantitativa y cualitativamente, que no es completa. Por eso, los autores de esas historias, al acumular toda la vida ascética de muchos millares en algunos pocos ejemplares, el cuadro resulta muy sobrecargado y muy conmovedor para el lector, es decir, produce un efecto más convincente. Se crea con ello un efecto distorsionador de la verdadera historia, no sé si previsto o provocado por los cronistas del tiempo. Además, leyendo mucha de aquella literatura, más devocional y emotiva que crítica, se perciben ciertos estereotipos que se repiten en la vida de varios santos.

Tercera. Otra distorsión histórica por ese mismo ejercicio de acumulación de datos, y que causa el mismo efecto multiplicador, se produce cuando las prácticas de la vida monástica se reducen a unos duros ejercicios de ascesis brutal y, para nosotros, irracional. Cargando las tintas en ciertos capítulos de una vida que pudo ser real, quedan en penumbra otras muchas y más importantes prácticas del camino cristiano como seguimiento de Cristo, el ejercicio heroico de las virtudes, las obras de caridad y de servicio social, etc.

Cuarta. Los historiadores de la época, más bien teólogos de la vida religiosa y monástica, utilizaron, y así lo reflejan en sus escritos, una mentalidad sacralizadora de todo lo existente. Los paradigmas culturales y religiosos están ya presentes en el A. Testamento, y ellos, como buenos hagiógrafos, los utilizan con abundancia. Desde que la *Ecclesia* se convirtió en una *Ciudad de Dios*, encarnada en los siglos medios en la *Christianitas*, todo lo que acontecía era visto como obra de Dios-Providencia. El cristianismo utilizó el *humus* religioso de la cultura greco-romana y sobre ella proyectó los esquemas mentales de la religión judeocristiana y se reconsagraron a Cristo los lugares, los tiempos, las acciones grandes o banales de los hombres. Lo divino se simbiotizaba con lo humano, lo sacro con lo profano. Los *virii Dei* del A. Testamento, los que hicieron posibles la *mirabilia Dei*, renacen y se reencarnan en los nuevos santos del *Martirologio* cristiano y los *Calendarios* litúrgicos. Los nuevos santos son los que hacen el bien, luchan contra el mal, encarnado en el demonio, los que hacen milagros dominando la naturaleza, etc. Este es el esquema simple y profundo que explica mucha de la antigua literatura hagiográfica cristiana.

Quinta. Como colofón de lo dicho, añadido que la vida real de los Padres del Yermo, la andadura cotidiana, aparecería a los protago-

nistas de aquellas supuestas hazañas bélicas, y a los ojos de los cristianos que los visitaban, bastante más normal de lo que las historias nos muestran. De hecho, leyendo los *Apotegmata* o los *Verba seniorum*, se comprueba que los “abades” o santos varones que las pronuncian aparecen como personas normales, llenas no sólo de cristianismo, sino de un sano realismo, de racionalidad, de sensatez. Nos parecen gentes sabias. Además, la mayor parte de los monjes y ermitaños vivía bajo reglas monásticas -*Instituta* los llama Casiano-, como la de Pacomio, Basilio, Agustín, y, finalmente, Benito de Nursia. Dicho esto como claves generales, nos adentramos en ese mundo pintoresco, pero real de los Padres del Yermo.

2) Diferentes “modelos” de vida eremítica y cenobítica

Entre tantos “modelos” de vida cristiana y monástica como nos ofrecen las fuentes a las que he aludido, recojo algunos de los más significativos por su carácter extremo, por su excentricidad para una mentalidad moderna. Los textos pertenecen al género “hagiográfico”, como he advertido, pero no significa que ninguno de los hechos narrados sean históricos. Los lectores modernos leemos aquellas páginas con talante crítico, interpretando lo que el autor pretendió enseñar, que generalmente no es historia, sino teología, ascética, moral y espiritualidad.

Teodoreto de Ciro (393-466), eminente figura de teólogo y de historiador, que conoció monjes eremitas en distintos lugares, resume las “escaleras” para subir al cielo, los caminos para alcanzar los monjes su propia perfección y salvación, contra las ofertas de los demonios, con la descripción de unos hechos asombrosos sobre la vida de los Padres del Yermo.

“Algunos eligieron la vida monástica para *hablar únicamente con Dios en la oración* sin admitir consolación humana alguna, con lo cual proclaman que han conseguido la victoria. Otros *viven en tiendas o cabañas* alabando a Dios. Otros llevan una vida *en antros o cavernas*. Muchos, además, de los que hemos hecho mención, eligieron habitar no en antros ni tiendas ni cavernas ni chozas, sino que, *con sus cuerpos desnudos*, soportaron las diversas climatologías, algunas veces *expuestos al hielo*, y otras veces *abrasados por los rayos del sol*. Además, cada uno vive de una manera. Algunos permanecen frecuentemente en pie, otros dividen la jornada entre estar de pie y sentados. Algunos, protegidos por vallas, huyen de las miradas de las multitudes. Otros, sin embargo, no utilizando

estas defensas, se presentan públicamente a quienes les quiere contemplar”⁸.

El mismo *Teodoreto de Ciro* nos informa, como testigo de vista, de la existencia y forma de vida de *los estilitas*, la más original y extravagante de la ascética cristiana. Vivieron principalmente en las regiones desérticas de Siria, aunque la práctica de vivir en columnas se extendió también a otras regiones. Presenta con mayor delectación las hazañas del más famoso de los estilitas, *San Simeón*, sospechando que son tan extraordinarias que no le creerán los lectores. Taumaturgo muy conocido y buscado, parece que fue el iniciador de la práctica estilita, después de haberse ejercitado en otras formas de rigurosa ascesis, como rodear su cuerpo con una cuerda hasta convertirlo en una llaga agusanada, ayunar durante una cuaresma completa, reclusión en una cisterna y después tres años en una pequeña habitación, viviendo en un monte y atado con una cadena para no poder salir de un círculo limitado, etc. Finalmente, se instaló en una columna, primero de seis codos, luego en otras de 12, 22 y la última de 36 (unos 17 metros), en la que vivió treinta y seis años⁹.

También narra la vida de dos mujeres, Marana y Cira, con idénticas excentricidades que los varones. Durante cuarenta y dos años soportaron el peso de unas cadenas de hierro que colgaban de su cuello, de las caderas, las manos y los pies de manera que vivían encorvadas casi hasta tocar la tierra. Teodoreto de Ciro alaba la heroicidad de estas mujeres, que “son más dignas de alabanza porque, aunque tienen una naturaleza más débil, demuestran la misma prontitud de ánimo que los varones. *Y, por eso, libran a su género del desdoro que les trajo la primera mujer*”¹⁰. No deja de ser una conclusión curiosa, quizá digna de ser leída en un contesto feminista-anti-feminista.

8 *Filotea o Historia religiosa*, cap. 27. PL 74, 109.

9 Cfr. *Historia religiosa*, 26. PL 74, 98-107. Las medidas de la columna de Simeón El Estilita no son seguras y varían según las fuentes. Las que ofrezco en el texto son las de Teodoreto de Ciro, o. c., PL 74, 103. En otra *Vida* de su discípulo Antonio, se dice que la columna medía 12, 20 y 30 codos. Cf. *Vita Sancti Simeonis Stilitae*, 5. PL 73, 328. La fama y admiración que con ello consigue, las multitudes que llegan de todas las partes, los milagros que el atleta de Cristo realiza, son comunes en ambas redacciones. Ha ilustrado definitivamente, con investigaciones arqueológicas en antiguas ciudades sirias, la vida de los estilitas, Ignacio Peña, en *Les stylites syriens*, Milano, 1975; *Les cénobites syriens*, Milano, 1983; *Les reclus syriens*, Milano, 1980. Resumen de todo el material, I. Peña, *La desconcertante vida de los monjes sirios (siglos IV-VI)*, Salamanca, Sígueme, 1985.

10 *Historia religiosa*, 29. PL 74, 111.

Sozomeno (nacimiento y muerte desconocidos, pero finales del siglo IV-primeras décadas del siglo V), autor de una *Historia eclesiástica*, refiere la vida de los ermitaños de Mesopotamia y presenta una galería de monjes que viven todavía mayores excentricidades en la primera mitad del siglo V y que asombrarán a los modernos lectores. En sus correrías por el desierto encontró algunos a quienes

“el pueblo llama Boskous, es decir, *pastores* [mejor, *pacedores*], porque fueron los primeros en experimentar este *género de vida*, y los llaman así porque *no tienen domicilio fijo, ni comen pan u otras vituallas, ni beben vino*, sino que, *morando en los montes*, dan culto perpetuo a Dios, dedicados a cantar himnos y oraciones según el rito de la Iglesia. A la hora de comer, *cada uno con su hoz sale al monte y come hierba como las ovejas*”¹¹.

Evagrio Escolástico (+ después del 594), describió la vida de los anacoretas de Palestina en el siglo VI. De ellos escribe:

“Unos viven en común..., tienen mesa común, no llena de manjares ni otros alimentos, sino sólo con hortalizas y legumbres, y las usan en medida suficiente para sustentar la vida. Día y noche elevan preces a Dios, dándose tanto al trabajo que, aun sin estar en el sepulcro, dan la impresión de que viven bajo tierra. *Están dos o tres días ayunando, y hay quien lo continúa durante cinco o más días*, y a regañadientes toman lo necesario para vivir. Otros, por el contrario, *viven en celdas separadas, pero tan bajas y estrechas que ni pueden estar de pie ni pueden echarse con comodidad; también viven en cavernas o agujeros de la tierra*, como dice el Apóstol. Otros, *viviendo en compañía de las bestias*, alaban a Dios en antros desconocidos y han encontrado otros modos de vida que sobrepasan toda fortaleza y tolerancia. Pues penetrando en las ardientes soledades, tanto hombres como mujeres, cubriéndose las partes que el pudor impide nombrar, *exponen su cuerpo desnudo a las intensas heladas y el bochorno*, impasibles ante el frío y el calor; desprecian también los manjares y salen a *pacar por los campos*, por lo que los llaman *pacedores* [comedores de hierbas], y comiendo lo suficiente para sobrevivir, *se asemejan a las bestias, cambiando la misma apariencia corporal*”. Habla también de los que simulan estar locos, pero en realidad son “superiores a toda perturbación del ánimo”¹².

11 *Historia eclesiástica*, VI, 33. PG 67, 1394.

12 Quizás esté indicando que caminaban a cuatro patas, como los animales rumiantes. *Historia eclesiástica*, I, 21. PG 86/2, 2478-2479 y 2482. Estos textos los publiqué en un estudio anterior al que remito para mayor información sobre los Padres del Desierto. “Espiritualidad de los Padres del Yermo. Pasado y vigencia en nuestro tiempo”, *Revista de Espiritualidad*, 62 (2003), especialmente, pp. 57-60. Todo el tema, pp. 41-78.

3) Razones para huir al Desierto

Un dato marginal a este estudio es indagar las *razones* que tuvieron los antiguos ermitaños entre los siglos IV y VI para abandonar su patria, sus ciudades, sus casas, la propia familia, sus ocupaciones cotidianas para adentrarse en los lugares desérticos. La respuesta de los historiadores no es unánime porque las *razones* de los protagonistas no son idénticas, como se puede inducir racionalmente y confirman las fuentes y los estudios especializados. En el análisis del tema propongo como resumen tres conclusiones.

Primera. Que no todos los monjes y ermitaños huyeron al desierto por razones puramente evangélicas. Entre tantos cientos de miles de candidatos el hecho sería un milagro moral colectivo de santidad, algo improbable y no documentado. De hecho, las motivaciones fueron múltiples y muy variadas. Algunos –¿la mayoría?– por deseo de perfeccionar su propia vida en la imitación o seguimiento de Cristo viviendo su Evangelio. Entre ellos están los grandes escritores de espiritualidad, teóricos de la vida monástica, obispos, Padres de la Iglesia. Otros, sin embargo, tuvieron razones más racionales, como huir de sus casas y ciudades perseguidos por la justicia por malhechores o desertores del ejército; o para evadirse de las cargas familiares, de su condición de siervos o esclavos, o de los duros trabajos del campo, etc. No idealicemos demasiado a todos los anacoretas y cenobitas de los antiguos yermos.

Segunda. El eremitismo y el cenobitismo primitivos no son una respuesta a una Iglesia en ruina moral, en decrepitud, como se repite en conversaciones de claustro y hasta en historias serias, casi como *un axioma histórico*. Opino que los monjes de la Iglesia primitiva no fueron esa porción de cristianos devotos, reaccionaria y rebelde contra la Iglesia oficial al considerarla corrompida después del período de las persecuciones como aliada con el poder imperial. Aunque cronológicamente coincide la gran eclosión del monacato cristiano con el final de las persecuciones y la concesión de la libertad de culto a la Iglesia cristiana por parte de Constantino el año 313, el hecho diría poco a favor de aquellos santos varones y mujeres que se consideraron simple, humildemente y sólo “cristianos”, santos y pecadores como los demás.

La tesis que una decadencia de la Iglesia y nacimiento del eremitismo en la Iglesia cristiana -a pesar de ser con frecuencia invocada y repetida- me parece que no tiene fundamento en las fuentes¹³. Ade-

¹³ Algo más elaborados los argumentos en mi estudio ya citado, “Espiritualidad de los Padres del Yermo...”, pp. 47-52.

más, sería difícil documentar cuándo la Iglesia comenzó su decadencia moral, porque, si nos atenemos a los autores de los tres primeros siglos, la Iglesia siempre fue santa y de pecadores. Y hoy sabemos que la supuesta santidad de la Iglesia de Jerusalén o de los Apóstoles es una idealización utópica¹⁴.

Tercera. No se deduce de las fuentes del monacato ortodoxo que los cristianos huyesen al desierto porque creían que estaba próximo el fin del mundo. Y mucho menos que el ejercicio de la virginidad, difundida entre los cristianos desde los comienzos, era un proyecto de vida para “apresurar la extinción de la especie humana” y favorecer el cumplimiento de las profecías del N. Testamento, que lo anunciaban tan cercano. En ese caso, los que huían al desierto estarían provocando la ruina del mundo y la venida de Cristo para juzgarlo y adoptaron prácticas no sólo antisociales, sino antinaturales, infrahumanas y artificiales¹⁵.

La verdadera vocación de los ermitaños antiguos, tal como los relatos hagiográficos la proponen, consiste en considerarse simples cristianos, sin creerse nunca mejores ni más santos que los que se quedaban en sus pueblos y ciudades, ejerciendo sus propios oficios. Esa misma impresión sacamos de la lectura de los *Apotegmas* o sentencias de los Padres del Yermo. El movimiento eremítico es fundamentalmente laical, de cristianos que, sin ellos mismos pretenderlo, se convirtieron en modelos de vida para los demás cristianos.

Para confirmar lo dicho, me atengo a lo que escribe García M. Colombás, conocedor como pocos de la literatura monástica, insis-

14 Remito a mis anteriores estudios: *Comunidades cristianas primitivas. Vivencias espirituales*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1974, pp. 107-120 y 261-287. Y “Pecado y santidad en la Iglesia primitiva”, *Revista de Espiritualidad*, 32 (1973) 135-171.

15 Esa tesis la defiende, con un estilo literario atrayente, J. Lacarrière, *Los hombres ebrios de Dios*, Barcelona, Aymá, 1964, pp. 29-41. El autor se funda en textos de los herejes montanistas, como él mismo reconoce y cita, pero no creo que se encuentren muchos testimonios en las *Vitae Patrum* y otros documentos que he citados como “fuentes” de información. Además, si hubiera una conexión entre la vida en el desierto y la espera del fin del mundo, la praxis monástica hubiera aparecido con mayor abundancia en los siglos primero y segundo, que viven con mayor intensidad la espera del fin del mundo y la próxima venida del Señor Jesús. En mi obra, *Comunidades cristianas primitivas...*, 1974, pp. 296-302, expresé la misma impresión crítica. Paul Evdokimov acusa a Lacarrière de que se funda en hechos y cita los textos primitivos, pero no se compromete con una interpretación propia. Cf. *Las edades de la vida espiritual*, Salamanca, Sígueme, 2002, pp. 119-120, con nota 9. El mismo Evdokimov parece aceptar que los hombres del desierto, practicando la virginidad, quieren provocar la ruina del mundo a la espera de la parusía del Señor Jesús. Pasan de ser martirizados a luchar contra el mundo presente. *Ib.*, pp. 115-117.

tiendo en la multitud de razones que tuvieron los cristianos para vivir en el desierto, entre otras y en algunos la decadencia moral de la Iglesia.

“El monacato, desde sus mismos principios, aparece como un fenómeno extremadamente complejo, y se cometería una simplificación lamentable si se atribuyeran sus orígenes a una sola causa. La mayor parte de las explicaciones que acabamos de recordar, son interesantes, y es seguro que tal o cual de estos móviles ha influido en casos individuales; pero tales motivos parecen más bien interpretaciones teológicas elaboradas posteriormente. La mayor parte de los primeros solitarios cristianos, con toda seguridad, estaban libres de tales cuestiones. Simplemente deseaban servir a Dios a la manera de los monjes”¹⁶.

4) *La vida ascética y contemplativa*

Volvamos de nuevo la mirada a algunas prácticas ascéticas de los antiguos Padres del Yermo por su especial significación, incluidas en los relatos generales que transcribí más arriba. Las fuentes relatan minuciosamente la práctica de *los ayunos* a veces rigurosos, *las comidas* muy elementales. Por ejemplo, algunos no comían durante cuaresmas enteras, o lo hacían cada tres o cuatro días, alimentándose con hierbas del campo, generalmente no cocidas ni puestas al fuego, sino crudas, sin condimento alguno o con algo de sal o unas gotas de aceite. Lo mismo digamos del *dormir* y *las vigili-lias*. El tiempo de *dormir* quedaba reducido a lo mínimo porque dedicaban largas horas a las *vigilias de oración*, con muchas inclinaciones, genuflexiones, estando de rodillas durante horas, etc., acompañados a veces de “fenómenos místicos”, como locuciones, visiones, profecías y adivinaciones, raptos y suspensiones de los sentidos, contactos con los espíritus del más allá, etc. Finalmente, el ejercicio de la *oración* y *contemplación*, la alabanza divina, que llenan todas las páginas de las vidas de los Padres del Yermo. Sin ellas el silencio y la soledad no tendrían sentido alguno.

Es claro que estas prácticas se sustentaban en la idea que tenían del *cuerpo* como compañero molesto del alma, un enemigo causante de las tentaciones, especialmente de lujuria, y, en consecuencia, había que someterlo a la razón debilitando su vigor físico con ayunos, abstinencia de carne, de vino y de placeres; no se preocupaban de la higiene, la limpieza, gloriándose algunos de no lavarse nunca o

16 *El monacato primitivo*, p. 38.

de no cambiarse jamás los pobres harapos con que se cubrían. Hierros o sogas adheridos al cuerpo, vestidos pilosos como los cilicios, causaban heridas hasta convertir sus carnes en una gusanera, como se dice de san Simeón El Estilita¹⁷. Eso mismo se puede decir del mundo, visto también como ocasión de pecado, y, en consecuencia, escogían el abandono material de la familia, de la patria, mediante la expatriación, la peregrinación y la vida en el desierto. Es el rechazo frontal de los “valores” del mundo: el propio yo, el ocio, el dinero, la familia, el trabajo y profesión, las posesiones, etc.

5) Dios y el demonio, o el Bien y el Mal

Existe en la vida de los Padres del Yermo una presencia misteriosa y maligna que hemos denominado, en la tradición bíblica de la que vivimos, el *demonio*, o Satán. La vida ascética no sólo era una guerra contra el mundo y la carne, sino de modo especial contra el más sinuoso de los enemigos del alma, el *demonio*. Aparece en sueños o en vigilia, bajo las formas más inimaginables: ángel de luz, hombre negro, fieras salvajes y dragones amenazantes, mujeres hermosas, hombres ricos y poderosos, etc. La fantasía de los hagiógrafos no tiene límites, especialmente en el relato que hace san Atanasio en la *Vida de Antonio*¹⁸.

La presencia de los espectros infernales en la vida de los anacoretas del Yermo tiene una significación muy profunda en la mente de los hagiógrafos: es la escenificación grandiosa de la lucha del Bien esencial (Dios) y el Mal esencial (Satanás). Y para representar esa lucha desigual nada mejor para el anacoreta que adentrarse en los desiertos arenosos y estériles para luchar con el demonio en su propio territorio. Existía la creencia popular de que los desiertos eran lugares malditos, la tapadera terráquea abrasada por el fuego del infierno que está debajo. Constituían los únicos dominios de Satán porque el cristianismo le estaba arrebatando el trono en los templos paganos, las ciudades, los mismos pagos por la conversión de los gentiles al cristianismo. El triunfo de los anacoretas sobre el demonio, en la mentalidad de los hagiógrafos, representa la victoria del

17 El nauseabundo espectáculo de los gusanos que caen de carne podrida por la soga que envuelve su cuerpo lo describe su discípulo Antonio. Cf. en *Vita sancti Simeonis*, 3. PL 73, 326-327.

18 Cf. la citada *Vida de Antonio*, caps. 5-6 (pp. 37-40); 9 (pp. 43-44); 13 (pp. 47-48); 21-43 (pp. 56-78); 51-53 (pp. 88-88). Esta *Vida*, que dibuja bien el modelo de un monje santo en el desierto, es también modelo de la lucha contra los demonios.

poder de Dios, de Cristo y su gracia, de la Iglesia y sus sacramentos. La misma vida ascética rigurosa era otra batalla del monje sobre la carne, enemigo del alma, lo mismo que el mundo.

Ese mismo significado tiene el poder taumatúrgico de los ermitaños, su facultad para hacer milagros, tan abundantes en las fuentes históricas citadas. El santo del desierto es considerado como el delegado de Dios, su instrumento y mediación para demostrar su soberanía, y los actos milagrosos son el contrapeso a la acción de Satán: ordenan socialmente el desorden que los espíritus del mal introducen en el mundo. Con ello también significaban los hagiógrafos el triunfo de la gracia de Cristo sobre el pecado y la debilidad humana¹⁹.

Lo mismo se puede decir del dominio de los Padres del Yermo sobre la naturaleza inanimada: tierra, plantas, pestes, fenómenos atmosféricos, etc.; y sobre los animales salvajes que se amansan en su presencia y les sirven. Es otra forma de expresar la lucha entre el bien y el mal, el triunfo de la gracia sobre la naturaleza, la presencia de Dios en ellos, el retorno del hombre al paraíso terrenal adámico. La convivencia de los ermitaños con los animales salvajes, tan abundantemente expuesta por los hagiógrafos, de la que usan y abusan, es la descripción de un mundo idílico, de paz edénica y mesiánica, que tiene una clara significación: el hombre, hecho amigo de Dios por la vida ascética y la experiencia de la gracia, posee el dominio absoluto sobre la naturaleza²⁰.

II. TEOLOGÍA DE UNA HISTORIA

Estos son los hechos, reales o fantásticos, históricos o novelados; en cualquiera de los casos, se prestan para hacer algunas reflexiones teológicas no sólo de crítica histórica. El que lee en profundidad las vidas de los Padres del Yermo, tal como han sido narradas por

19 La importancia del demonio en la vida de los Padres del Yermo, además de lo dicho sobre san Antonio Abad, se deduce repasando los *Indices in Vitas Patrum, Index rerum*, bajo los nombres "Daemon", "Daemoniaca", "Daemoniacus", "Diabolus", etc. Ver en *PL* 74, pp. xxvii-xxxi.

20 Muchas de estas ideas las expuse con mayor amplitud en dos estudios anteriores. "El 'hombre espiritual' y la naturaleza a través de la historia", en *Revista de Espiritualidad*, 46 (1987), especialmente, pp. 61-81. Todo el tema en pp. 53-81. Y "Espiritualidad de los Padres del Yermo...", l. c., especialmente en pp. 55-66.

los historiadores de la época, algo de sobrehumano puede intuir en ellas, más allá de unas simples leyendas curiosas. La historia humana se transfigura en historia sagrada o *historia salutis*. Leídas así, aquellas páginas cambian de signo, contienen una ultrasignificación, descubrimos en los desiertos una grandiosa intrahistoria irreconocible para los profanos.

Elementos de teología cristiana han ido apareciendo a lo largo de estas páginas, sobretodo en lo dicho en el número precedente. Ahondemos en el tema.

1. ¿Historia o teología?

Esta es la pregunta que nos podemos formular al leer las vidas de los antiguos ermitaños, que se convierte en *uno de los presupuestos fundamentales* para su comprensión y que toca el contenido de *los hechos* que se narran. Son historias tan fantásticas y maravillosas, tan surrealistas y anormales, que algunos lectores se preguntarán si aquellos seres existieron de verdad o son creaciones fabulosas o míticas de algunos escritores cristianos primitivos. Con otras palabras, si las fuentes que nos transmiten los hechos son historia, novela histórica o pertenecen al género híbrido de la hagiografía cristiana entre la teología y la historia.

Los creadores de aquellas gestas heroicas de los “Padres del Yermo” son, generalmente, teólogos, pensadores e intelectuales, miembros ilustres de un monacato sabio, que da garantía a los relatos. A veces son obispos, historiadores de oficio, no en el sentido moderno de la palabra, sino narradores de unos hechos, reales o fantásticos. Es lo mismo. Lo que pretenden es hacer teología más que historia, diseñar un camino espiritual cristiano, en el seguimiento o imitación de Cristo, o proponer alguno de los dogmas de la fe: Dios que dirige la historia, que salva a los hombres, que se hace presente en los cristianos santos, la sobreabundancia del bien sobre el mal en la gracia de Cristo y de la Iglesia, etc. Y este fin lo consiguen de igual manera con una narración histórica que con un cuento, una novela, una parábola o con cualquiera otra figura retórica. Si las historias han sido escritas en esa clave, en esa misma tienen que ser leídas. Las vidas de los santos varones del desierto son escritos teológicos más que históricos, en los que los hechos, objetivos o fantásticos, son secundarios.

2. *Vida en los desiertos como historia salutis*

La historia narrada en las antiguas crónicas es una *historia de la salvación* personal o colectiva, tomando como punto de referencia y analogía los modelos que se encuentran en la Sda. Escritura. El concepto es estrictamente teológico y supera las nociones científicas y racionales de la historia para convertirse en metahistoria. ¿Qué queremos decir cuando, en el lenguaje cristiano, hablamos de *historia de la salvación*? Que existe una sucesión de hechos humanos en los que interviene, además del querer de los hombres, una fuerza extrahistórica o metahistórica: Dios, la Providencia, lo Trascendente o Absolutamente Otro. Es decir, una voluntad más allá del querer de los hombres y que teje y dirige los destinos de los pueblos. Se trata, sin duda, de un género híbrido. La historia científica narra lo que sucedió en el pasado e intenta explicarlo genéticamente y desde la razón, sin intervención de otras fuerzas más que las naturales. En consecuencia, toda historia que introduzca, además de la razón, otros agentes, les parecerá a los historiadores puros un híbrido de difícil comprensión y aceptación. Por eso, leyéndolo desde la fe cristiana, se puede hablar de una “teología de la historia”, o una historia teologizada²¹.

Los paradigmas fundamentales están en la Biblia, en el Antiguo y Nuevo Testamento, que, por supuesto, tampoco admiten los historiadores de oficio, al racionalizar los hechos históricos. La Biblia está llena de hechos y acontecimientos humanos en los que Dios interviene como principal protagonista, al menos esa es la lectura que han hecho los historiadores hebreos de su historia en su libros sagrados. En los libros históricos, proféticos y sapienciales de los judíos y cristianos está escrita la llamada “Historia sagrada”, que condensa la intervención de Dios en la historia de los hombres. Para los cristianos, lo narrado en el N. Testamento completa lo que se dice el A. Testamento.

Según el texto sagrados de judíos y cristianos, Dios eligió al pueblo de Israel, le reveló su existencia y su esencia, selló con ellos una

21 Esto no obsta para que la historia de la Iglesia cristiana, de la misma Iglesia católica, así como la religiosidad popular del cristianismo, no pueda y deba ser interpretada también como fenómeno social y tratado con todas las normas de una historia crítica y científica, como se está haciendo desde hace varias décadas. Cf. una síntesis orientadora, con la principal bibliografía, en Jaume Aurell, “La historia de la religiosidad: entre la historia de la Iglesia y la sociología”, en Tomás Trigo, *Dar razón de la esperanza. Homenaje al Prof. Dr. José Luis Illanes*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2004, pp. 1331-1337.

alianza eterna, aceptada por el pueblo, les favoreció con privilegios innumerables, los condujo hacia la liberación de los egipcios, les regaló la tierra de los pueblos cananeos, luchó en su favor contra todos sus enemigos y peligros, etc. Como única respuesta les impuso el ser fieles a la Alianza sellada con ellos: creer en el Dios Yahvé, el único existente, y rechazar la idolatría, y cumplir los preceptos morales, jurídicos y culturales que les dio a través de Moisés y otros legisladores. En medio de esa "historia sagrada" aparecen los grandes personajes que conducen al pueblo hacia su destino: patriarcas, profetas, jueces, reyes, etc. Algunos hacen, como *Viri Dei* (hombres de Dios), verdaderas *mirabilia Dei* (maravillas de Dios). Los hombres se convierten en instrumentos y mediaciones de Dios para conducir la historia personal y la colectiva del pueblo.

Algo de ese esquema histórico-teológico y existencial es el que reaparece en la historia de los Padres del Yermo. Los grandes abades o padres espirituales son también llamados y elegidos con una vocación especial a vivir los ideales evangélicos con absoluta radicalidad. Siguen a Cristo en la práctica de las virtudes y de la más dura ascesis en grado heroico; se convierten en guías de otros monjes, son fundadores de comunidades monásticas y el pueblo los buscaba como si fueran la voz de Dios. Han hecho milagros como instrumentos de Dios y en su nombre. Ello significa que Dios sigue actuando en la historia, como había actuado en el A. y N. Testamento.

Un intérprete teólogo excepcional de esos hechos, históricos o no, tanto de la Biblia como de las viejas crónicas cristianas, es el papa Gregorio Magno (+ 604), que vive en la plena descomposición del imperio romano y su transformación por los pueblos bárbaros, que le llevó a pensar en el fin del mundo anunciado en los *Evangelios* y el *Apocalipsis*. Es autor de cuatro libros de *Diálogos*, en los que narra la vida de san Benito de Nursia, legislador y fundador de una nueva familia monástica, y de otros santos italianos de su tiempo. Con esa literatura histórica o fantástica, intentó demostrar a sus lectores que el Dios del A. y del N. Testamento seguía actuando en Italia y en el pueblo cristiano, no obstante, o quizá por eso mismo, tantas dificultades y calamidades como estaban sufriendo los cristianos²².

22 Cf. Daniel de Pablo Maroto, *Espiritualidad de la alta edad media*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1998, 89-127, especialmente, pp. 99-101.

3. *El desierto, paradigma de las reformas de la Iglesia*

Todas las formas de “vida religiosa” tienen un origen remoto en la experiencia eremítica y cenobítica de los Padres del Yermo, lo cual demuestra que es una de las ideas más fecundas en la historia del cristianismo, ya que sus estructuras básicas perduran todavía. Si, a través de la historia, se sobrevaloró como “estado de vida” perfecta, en detrimento de otros “estados” como el del sacerdocio o los laicos, no son responsables ni los ermitaños antiguos ni sus historiadores, sino las interpretaciones de teólogos posteriores y que se han mantenido casi hasta nuestros días²³.

Estudiando la evolución de la historia de la espiritualidad, y la misma vida de la Iglesia, es fácil descubrir un fenómeno que resulta al menos curioso, y, además, muy significativo: *el permanente retorno del eremitismo en la historia de la Iglesia cristiana*, sobre todo en los momentos bajos, de decadencia moral, espiritual e institucional, al que sigue, probable, o seguramente, una floración de instituciones reformadas. Estaríamos ante un tema muy importante, de hondura teológica y espiritual: la función eclesial, y aun social, de los eremitas, anacoretas o cenobitas.

Este es el hecho que constata la historia del monacato: la virtualidad del *eremitismo* como *movimiento reformador de la Iglesia en decadencia*. El primer momento lo encontramos en el origen mismo del monacato y del eremitismo en tiempo de los grandes Padres del Yermo, siglo IV en adelante. El vigoroso crecimiento adquirido en varios lugares es una *demonstración objetiva* del fervor de un resto fiel que quiere vivir el Evangelio con radicalidad, sin que juzguemos ahora las *intenciones subjetivas* de los que abrazaban ese género de vida. En la nueva coyuntura histórica, la Iglesia en libertad se regeneraba y se manifestaba como una comunidad de creyentes comprometidos, como una Iglesia confesante, lo mismo que había hecho la Iglesia martirial en tiempo de las persecuciones.

Otro momento estelar del *eremitismo cristiano* aparece en los siglos X-XII, en pleno “siglo de hierro del pontificado”, uno de los momentos más tristes y bajos de la historia de la Iglesia. Los que alientan la reforma, junto al papa Gregorio VII (+ 1085) y sus sucesos-

²³ Ese proceso histórico desde la obligación de la santidad para todos los cristianos a la santidad sólo para grupos cualificados en algunos “estados de vida”, lo he descrito en dos obras anteriores. *El camino cristiano. Manual de teología espiritual*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1996, pp. 165-171. Y *Espiritualidad de la alta edad media*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1998, pp. 373-379.

res, son algunos monjes creadores de instituciones eremíticas. La más temprana y famosa es la reforma benedictina de los *cluniacenses*, en Francia, en las primeras décadas del siglo X, con el abad Bernón (+ 927) y otros famosos y longevos abades. Pero la más perdurable ha sido la *Cartuja*, fundación de san Bruno (+ 1101), de cuño estrictamente eremítico. Otras grandes figuras reformadoras pertenecen también a instituciones monásticas reformadas de tendencias eremíticas. Son importantes y perdurables en el tiempo, san Romualdo, fundador de la *Camaldula*, en la Toscana italiana; los *Valumbrosianos*, fundados por san Juan Gualberto; los *ermitaños de Grandmond*, de Esteban Muret; san Nilo, en el sur de Italia (Calabria), fundó una serie de monasterios de tipo eremítico de estilo oriental; y otros muchos²⁴. Todas estas instituciones eremíticas, fundaciones nuevas o reformas de órdenes monásticos precedentes, se localizan en lugares alejados de las ciudades, en zonas boscosas, que los ermitaños y monjes enriquecieron, no en los desiertos de arena infinita de los antiguos anacoretas.

Eso mismo sucedió en un momento esplendoroso de reformas de las órdenes monásticas y frailes mendicantes en la España de los siglos XV-XVI, cuyos conventos se fundaban generalmente en lugares solitarios, eremíticos, y adoptaban títulos como “contemplativos”, “ermitaños”, “recoletos”, etc.²⁵. Por poner un ejemplo de familia, el Carmelo Teresiano, algunos de los primeros conventos de los carmelitas descalzos, reformados por santa Teresa de Jesús, fueron fundados en plena soledad o distantes de las ciudades: *Duruelo*, *Mancera*, *Altomira*, *La Roda*, *La Peñuela*, *El Calvario*, *Los Mártires*, y los *Desiertos de Bolarque* (Guadalajara - 1592), *Las Nieves* (Málaga - 1593), *Las Batuecas* (Salamanca - 1599), *El Cardón* (Tarragona - 1606), *Las Palmas* (Benicasim - 1694), y otros tres más, el último, fundado en Sestao (Bilbao - 1719).

Es tan fuerte esa tendencia eremítica en el Carmelo Descalzo, que los cronistas oficiales antiguos de la orden tienen mucho interés en vincular la vida en los primeros conventos con la de los antiguos Padres del Yermo, presentando a los carmelitas reformados como hijos fieles de los profetas y padres nuestros, Elías y Eliseo, viviendo

24 Cf. una relación suficientemente completa en mi obra *Espiritualidad de la alta edad media*, parte IV, cap. 3: “El movimiento eremítico y la cartuja”, pp. 247-267.

25 Cf. mis estudios, *Las reformas y místicos franciscanos en el Renacimiento*, Salamanca, UPSA, 2003. Y “Espiritualidad de las Reformas del siglo XVI español y validez para la Iglesia hoy”, *Trinitarium*, 12 (2003) 7-45.

como los ermitaños de la Tebaida, de Palestina y Asia Menor y otros lugares de Oriente y Occidente²⁶.

En sincronía con el ambiente de reformas en la España de los siglos XV y XVI, aparecen los grandes místicos, como respuesta espiritual y carismática a la Iglesia cuando la cúspide romana vivía espléndidamente en los esplendores del Renacimiento. Aunque esta ley se cumple en ese siglo, a veces los místicos aparecen en los momentos más bajos de la historia de la Iglesia, como pueden ser los siglos XI-XII y XIV-XV²⁷.

En este contexto encajan bien las palabras de la Madre María Skobstov, una curiosa monja ortodoxa rusa, antes casada dos veces y separada de los dos maridos, madre de tres hijos, revolucionaria y casi atea, convertida al cristianismo (¡!), entregada a la caridad con todos los necesitados, protectora de los judíos perseguidos por los nazis en Francia, y que acabó sus días en el campo de concentración de Revensbrück (Alemania), en 1945. Refiriéndose a los antiguos Padres del Yermo, “*columna vertebral de la Iglesia*”, escribe:

“No existe ninguna duda de que el triunfo del cristianismo le debe mucho más a los anacoretas que vivían en el desierto –como Antonio, Pacomio y otros– que al entusiasmo inflamado y ardiente del poder secular por el cristianismo... Reconocido por los emperadores bizantinos, el cristianismo se revistió de brocado y púrpura,

26 Cf. Francisco de Santa María, *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la Primitiva Observancia...*, I, Madrid, 1644. Por ejemplo, se pueden consultar los siguientes textos. Costumbres santas de *Pastrana*: lib. II, cap. 31, n. 1, p. 308; cap. 34, nn. 1-6, pp. 317-320. Las comidas asilvestradas, a la manera de las de Elías, Eliseo y los demás monjes de Egipto: ib., lib. II, cap. 33, n. 3, p. 314. La vida de *El Calvario*, lib. III, cap. 54, n. 1, p. 565. En *Los Remedios* (Sevilla), lib. III, cap. 24, n. 5, p. 479. La vida de los estudiantes del colegio de *Alcalá de Henares* se asemeja a la de los antiguos monjes, ib., lib. II, cap. 43, n. 7, p. 347, y n. 11, p. 349; y los del colegio de *Baeza*, ib. lib. IV, cap. 41, n. 5, p. 695. De la vida que se llevaba en Baeza, La Peñuela y El Calvario un testigo escribe que era comparable a los yermos de Egipto, lib. IV, cap. 42, n. 1, p. 696. Y, si esto no bastase, tomaron como modelo de vida en algunos conventos a Dña. Catalina de Cardona, noble, ermitaña, que huyó de la corte vestida de hombre, a quien los frailes descalzos dieron el hábito de los carmelitas, cuya cueva de *La Roda* sirvió de fundamento para el convento de los descalzos y para quienes era la maestra, “la buena mujer”, tenida por santa, primer ejemplo en España (j) de mujer ermitaña, etc. A ella le dedica el cronista 20 capítulos de la *Reforma*, lib. IV, caps. 1-20, pp. 577-638. Orienta algo el tema Luis J. F. Frontela, “El Desierto en el Carmelo Descalzo”, *Revista de Espiritualidad*, 62 (2003), especialmente, pp. 92-102. Todo el tema, pp. 79-115.

27 Cf. mi estudio, “Mística femenina y experiencia de Dios en la edad media”, *Revista de Espiritualidad*, 60 (2001), especialmente, pp. 533-537. Todo el trabajo, pp. 529-576.

se relajó, adoptó la pompa de la corte imperial, desplegó poderosamente sus manifestaciones exteriores (arte cristiano, iglesias, iconostasios, etc.), pero perdió su recia y fuerte osamenta del tiempo de los mártires... A pesar de todo, persistió y fue salvaguardada en el desierto de Nitria, en el Sinaí, cerca de Alejandría, junto a los mismos muros de Bizancio...”.

“En aquella época, a la vez que en la corte imperial vivían por todo lo alto, se entregaban a excesos de todo tipo y cundían el refinamiento y la amoralidad, los desiertos rebosaban de anacoretas...Estilitas, monjes que hacían voto de silencio perpetuo, luchadores que se enfrentaban a las terribles tentaciones del desierto, que oraban por el mundo, héroes y ascetas, constituyeron la columna vertebral de la Ortodoxia, el piloto que gobernó con mano firme la nave de la Iglesia al tiempo que rechazaba las tormentas de la herejía. Ellos enderezaron la verdadera fe, atrayendo a quienes tenían sed de verdad y de gestas ascéticas, imprimiendo el sello indeleble y perfecto de la belleza espiritual, y la grandeza auténtica sobre la Bizancio pecadora, afeminada, degenerada y espléndida”²⁸.

La reflexión teológica podía seguir, pero creo que lo dicho es suficiente y abre la puerta a otras perspectivas. La *Vita Anthonii*, de san Atanasio, es un modelo excelente de biografía sobrenatural del protagonista desde los conceptos más obvios de la teología cristiana: Cristo que salva y libera del mal fundamental, el demonio, mediante la gracia; la Iglesia, jerárquica, comunidad y madre de creyentes, que acoge y ayuda a los necesitados; la vida monástica como modelo de seguimiento radical de Cristo; y otros principios dogmáticos que el lector atento, inteligente y formado podrá descubrir en esta breve y original historia.

III. ESPIRITUALIDAD DEL DESIERTO. VALORES PERMANENTES

Las breves reflexiones teológicas expuestas se completan con otras de orden práctico, más propias de la *teología espiritual*.

Contar historias pasadas, oír las voces de los eternos silenciosos, aprender la filosofía existencial de aquellos sabios cristianos, admirar sus hazañas, etc., está muy bien. Pero nos queda a todos

²⁸ Cf. “El ascetismo”, publicado en una selección de textos: *El sacramento del hermano*, Salamanca, Sígueme, 2004, pp. 115-141.

una pregunta en el aire: la vida de los antiguos Padres del Yermo ¿es recuperable hoy? ¿Podemos hacerlos presentes y actuales? ¿Son de verdad “el alba de nuestra espiritualidad”?²⁹. ¿Es posible, y cómo, vivir “el desierto en la ciudad”?³⁰. ¿Podemos resucitar sus cuerpos muertos y desaparecidos, hacer que el desierto sea de nuevo “fértil”?³¹.

La espiritualidad del “desierto” puede ser una “actitud” anímica que se vive en cualquier ambiente, también en medio de las ocupaciones cotidianas, en las megápolis modernas, siempre que la persona tenga cierta capacidad de interiorización, soledad y silencio adecuados, etc. Pero, como norma general y para una vivencia en plenitud, es necesaria también una geografía adecuada, una cierta segregación de los lugares habitados, aunque no sea un desierto con tierra arenosa, dunas incluidas, pobre de vegetación, inacuosa y estéril.

Aun a sabiendas de que los valores que encarnaron y vivieron los viejos ermitaños prácticamente han desaparecido de nuestra sociedad, de que el mundo de los Padres del Yermo está alejado de nosotros, el historiador teólogo, que se supone creyente en los grandes valores que ellos defendieron, tiene que esforzarse por hacer una lectura actualizada de aquella literatura y de las vidas de los ermitaños.

Veamos algunos valores espirituales de los Padres del Yermo recuperables en nuestro tiempo.

1. Cambio de paradigma

El primer problema que se presenta a un lector moderno de los Padres del Yermo es hermenéutico y existencial: al cristiano hoy le toca vivir en una sociedad totalmente diferente a la suya. Los patrones culturales, sociales, religiosos, económicos, son completamente otros. Veamos algunos ejemplos.

Ellos vivían en soledad y en silencio; nosotros, entre ruidos y distracciones múltiples. Ellos vivieron recogidos en su yo profundo

²⁹ Es el título de un conocido libro de Segundo Galilea, con el subtítulo: *Vigencia de los Padres del Desierto en la espiritualidad contemporánea*, Madrid, Narcea, 1986.

³⁰ Es también el título de una obra de Carlo Carretto, Madrid, BAC, 1979.

³¹ Otro título de una obra de J. L. Vázquez Borau, *El desierto fértil*, Barcelona, Horeb, 1993, 28 p.

habitado por Dios, en el que creyeron los grandes Padres del desierto; nosotros en la periferia del ser, sin posible o difícil soledad. Su oración era casi continua, la hacían con el corazón, hecha de múltiples repeticiones de una frase, a manera de jaculatorias³²; la nuestra es corta, pobre y hecha más con el entendimiento que con la voluntad. Con el sencillo método de la *hesychía*, modo de vida y estado del alma que se traduce por paz, sosiego, tranquilidad, los Padres del Yermo llegaban a la oración contemplativa, a la *apát-heia*, o quietud absoluta, dominio perfecto de las pasiones y goce de la imperturbabilidad. Al hombre moderno le cuesta mucho someterse a métodos fijos y estrictos y por eso pierde la posibilidad de una auténtica terapia espiritual y psicofísica para la vida estresada y desquiciada que sufrimos la mayoría de los seres humanos y soportamos con gusto. La confrontación entre las dos vidas podía continuar. Pero lo dejo aquí y espero que sirva como mera sugerencia para seguir investigando paralelismos y disonancias. En resumidas cuentas, es evidente que lo que ha cambiado no son ciertas prácticas, sino que se están imponiendo nuevos paradigmas culturales y existenciales, una nueva mentalidad.

2. La dimensión contemplativa de la Iglesia

El desierto, la soledad y el silencio, la vida ascética, la fe profunda en Dios, en Cristo y en la Iglesia, elementos que creyeron y vivieron los Padres del Desierto, serán siempre un clamor a escuchar, un reclamo espiritual del que vivir; tendrán siempre un significado en la Iglesia cristiana, como lo ha tenido a través de su larga historia. Y lo es porque la vida contemplativa, que promueve la permanencia en el desierto, pertenece al corazón de la Iglesia y se realiza mediante las vocaciones de los contemplativos.

El hecho de abandonar el hábitat “mundano”, la huida del “mundo”, la segregación de la patria, la familia, las profesiones, las relaciones humanas, pueden generar la idea de que los Padres del Yermo fueron seres extraños a todo, que no compartían las preocupaciones, los dolores y las penas de la Iglesia y la sociedad. La idea ha tenido éxito a través de los siglos, especialmente en la mentalidad occidental, creando el estereotipo cultural que perdura todavía

32 Breve exposición de la historia y el método, en D. de Pablo Maroto, “La Oración del Corazón. Aspectos históricos y doctrinales”, *Salmanticensis*, 35 (1988) 345-367.

en la sociedad desacralizada y descristianizada, y a veces en el interior de la Iglesia, defendida hasta por algunos eclesiásticos.

Este es el contexto en el que la teología espiritual debe proponer y defender la vocación contemplativa. Se trata de una vocación específica y carismática en la Iglesia, a la que el llamado responde con una opción personal no para cumplir un capricho gustoso, sino porque siente la llamada del desierto, de la soledad y el silencio, la vocación a la vida contemplativa pura como un quehacer eclesial. A la hora de discernir los distintos proyectos de vida y a elegir el propio, el instinto espiritual de servicio a la Iglesia-pueblo de Dios debe prevalecer. La elección es cuestión de amor, de enamoramiento de Cristo y la vivencia de sus grandes ideales. Este amor es el que llega después, a través de los circuitos de amor del universo cristiano, a los lugares y personas necesitados. A veces esa forma de vida lleva consigo, aun socialmente, estructuras de cierto extrañamiento material del mundo.

Hacer apología de un estilo de vida que tiene tan gloriosa historia me parece, a estas alturas, impropio. Bastaría con citar las célebres frases de san Juan de la Cruz sobre el valor de la oración contemplativa hecha con amor. La integración en los quehaceres apostólicos, eclesiales y misioneros mediante una vida contemplativa enclaustrada que vivió santa Teresita de Lisieux. Las preferencias con que trató el concilio Vaticano II a los contemplativos a los que concedió un lugar de privilegio en la Iglesia, etc.

3. La trascendencia de Dios y la inmanencia del hombre y del mundo

Hombres creyentes, los Padres del Yermo buscaron en la soledad y el silencio al Dios que da sentido a la vida, y de él tuvieron una profunda experiencia de su existencia y su acción salvífica. La búsqueda del Dios trascendente fue una de las razones para ir al desierto. Él se les hacía presente en sus vidas concediéndoles el don de hacer milagros, de convertirse en profetas, hablar en nombre de Dios y a veces preanunciar el futuro y descubrir a los neófitos la profunda sabiduría que da la soledad y el silencio. Hablaban poco y, cuando lo hacían, era con sentencias cortas, con ejemplos y parábolas, no para hacer discursos sobre Dios, sino para comunicar al Dios conocido.

Porque transparentaban a Dios, el pueblo los buscaba en los lugares más insospechados donde se refugiaban huyendo de la gente: los montes, las cuevas, los sepulcros, el campo, en las colum-

nas de los estilitas. No sólo buscaban en ellos milagros, sino luz y fortaleza para discernir su propia vocación a la vida monástica. Sabemos que los monjes sirios han ejercido una misión evangelizadora de todo el territorio sirio. Si Dios era el Todo para los ascetas, el mundo y ellos mismos quedaban relativizados en la escala de valores.

Quizás ésta podría ser una buena lección que aprendiésemos de los antiguos eremitas. Andamos ahora buscando a Dios y él sigue en su noche de misterio y de silencio, muerto en las formas y figuraciones con que los humanos le hemos vestido. Para descubrirlo como él es, ¿no necesitaremos más “desierto”, más soledad y silencio?

4. *El “hombre nuevo”. Principios de humanismo*

También habría que aprender otra lección: la del amor y la caridad con el prójimo. Parece un contrasentido, una antinomia, el pensar que los Padres del Yermo se dedicasen también a atender las necesidades de los cristianos que los buscaban. Profundos conocedores de Dios, como él eran misericordiosos, humildes, pacientes, resignados y sabios.

Como ha prevalecido esa otra figuración de gente huidiza del mundo, incomunicados, agrestes y montaraces, semisalvajes, nos cuesta creer que los Padres del Yermo pertenecen, además, al género de los “hombres nuevos”, creadores de un humanismo cristiano, de una nueva civilización del amor, una manera nueva de mirar el mundo. Ellos colaboraron, como los mártires y los confesores, los obispos y los pensadores, los escritores y los maestros, las gentes anónimas del pueblo a crear una nueva *Weltanschauung*, una nueva historia que surgió de los escombros del imperio romano y de los ideales cristianos.

Los hombres de la dura ascesis son los mismos que sintetizaban la vida y el saber en sentencias breves y llenas de sabiduría, las *Verba seniorum* y los *Apothegmata Patrum*, que tanto influjo ejercieron en la espiritualidad medieval y los tiempos posteriores. Los Padres del Yermo demuestran que eran hombres llenos de cordura y de bondad; que conocían al hombre como los psicólogos del profundo, describiendo sus tendencias malsanas, los egoísmos ocultos, las pasiones y los móviles últimos del obrar humano, y proponían los remedios en la práctica de las virtudes evangélicas.

Es difícil acomodar a nuestras necesidades y gustos todo ese ingente material de vida y doctrina de los Padres del Yermo. Pero ellos son un testimonio más de aquella grandiosa civilización que se fue engrosando durante siglos y ahora está a punto de desaparecer o, al menos, de disminuir. ¿No estaremos eliminando las piedras sillares de esa gigantesca construcción que llamamos civilización cristiana que, no obstante sus fallos y miserias, fue capaz de crear una comunidad de pueblos hermanos? La reflexión histórica y espiritual se pierden en el futuro.

5. *Vida ascética y cristocentrismo*

Hoy, creyentes o ateos, cristianos o judíos, vivimos en el disfrute de los bienes que nos ofrece tan abundantemente la sociedad del bienestar y del consumo, en una burguesía materialista. Los cristianos también estamos amenazados por el hedonismo que adormece la fe, descristianiza la vida creando necesidades artificiales como dioses menores o ídolos. En este contexto cultural y económico tan diferente al mundo de los Padres del Yermo, ¿qué sentido tienen para nosotros sus penitencias y vida ascética tan rigurosa? Debería ser cada uno quien respondiera a esa insidiosa pregunta. Propongo pistas para encontrarlas algún significado.

En primer lugar, el sentido cristocéntrico y sacrificial que suponen como medio de redención. Los atletas del desierto no sacrificaban su vida por razones filosóficas, por ser platónicos o estoicos, sino por ser discípulos de Cristo, a quien seguían e imitaban hasta la muerte en cruz como los mártires. *En segundo lugar*, la búsqueda de un ideal de vida y los medios más adecuados para conseguirlo. *En tercer lugar*, considerar el perfeccionamiento humano y cristiano como lucha y control de los instintos desordenados del hombre y la práctica de las virtudes. *En cuarto lugar*, la fortaleza de ánimo que en ello demostraron al perseverar en el proyecto. Y otras muchas otras enseñanzas que le sugerirán al lector las páginas que preceden.

Dejo al lector meditando sobre estas actitudes básicas y para que las compare con las suyas propias y las que encuentre en su entorno. Creo que nadie aprobará hoy las excentricidades ascéticas de los antiguos Padres del Yermo, haciendo “penitencias de bestias”, como decía san Juan de la Cruz de algunos ascetas de su tiempo, sin duda conocidos por él en la misma Reforma de santa Teresa a la que pertenecía. Pero, reflexionando en la praxis ascética

de los antiguos Padres del Yermo y el rechazo instintivo por la mayoría de los seres humanos, me deja perplejo la capacidad de ascesis que manifiestan los hombres y mujeres de nuestro tiempo cuando se proponen unos ideales efímeros.

Recordemos, por ejemplo, cuántos ayunos y abstinencias se imponen, ejercicios gimnásticos, operaciones quirúrgicas, afeites mil, y otros medios cada vez más sofisticados para mantener joven y hermoso el propio cuerpo. ¿No implica todo esto una dependencia tiránica de las modas, una negación de la propia libertad? Todo parece normal porque es la voz de la mayoría, porque lo impone la economía de mercado, porque se pretende conseguir un fin: la perfección y la estética del cuerpo. ¿No es cierto que la ascética primitiva obedecía a una mentalidad, se dirigía a conseguir un fin intermedio –el dominio de la personalidad– y un fin último –la perfección cristiana–, y la moderna ascética busca otro ideal? Dejo también al lector reflexionando sobre estos hechos y que saque sus propias conclusiones.

6. *Praxis ascética, eclesiología, solidaridad y ecología*

En los apartados anteriores me he referido a la relación que los Padres del Desierto establecieron entre la práctica de la ascesis y la creencia en Dios, en Cristo y su Espíritu. Pero hoy el *uso moderado* de los bienes de la tierra se impone –además– por la situación en que se encuentra la humanidad. Los hombres de ciencia se han percatado de que los bienes que produce nuestra tierra, aun con los cultivos más sofisticados, son casi inagotables, pero no infinitos ni eternos: pesca, petróleo, gas, carbón, minerales, bosques, agua, etc., teniendo en cuenta el crecimiento progresivo de la demografía mundial. Esta situación hoy no parece ser dramática, entre otras cosas porque el veinte por ciento de la humanidad consume el ochenta por ciento de los productos. Pero ¿qué pasaría si toda la población mundial consumiese en la misma proporción que los habitantes del Primer Mundo?

Para prevenir el caos futuro y posible, están naciendo movimientos ecologistas, partidos políticos, grupos de variado pelaje, que proponen un *uso moderado de los recursos de la tierra*, una fórmula parecida a los antiguos ascetas y menos rigurosa. Es posible que el hombre moderno, reacio a moderar sus instintos de consumo por motivos religiosos (por ejemplo, todos los hombres somos hermanos), encuentre más racional y practicable hacerlo por razones

de justicia y solidaridad. Lo importante es el fin, los medios pueden variar. El cristianismo debe proponer el ejercicio ascético por motivos evangélicos, pero también –creo– por motivos de humanidad. La *austeridad en el consumo* sería un buen ejercicio de ascética cristiana fundada en principios teológicos³³; pero también por solidaridad con los que no tienen nada y se mueren de hambre. El ayuno y la abstinencia se convierten en caridad, como se hacía en la antigua Iglesia.

Otro ejemplo. Entre los Padres del Yermo llegaron al extremo de no cuidar el aseo personal del cuerpo, hasta el no lavarse nunca. Esta falta de higiene hoy nos horroriza. Pero ¿por qué no nos escandaliza bastante más el uso sin control del agua caliente y fría en baños y duchas y sin pensar en el gasto económico ni en el consumo inútil de materiales no renovables? ¿O los sobrantes de los comestibles que terminan en el cubo de la basura, los vestidos y muebles en buen uso que llenan nuestros vertederos, y un sinfín de otros ejemplos que el lector descubrirá en su vida y en la de sus vecinos? Aunque Vd. pueda pagarlo, el planeta tierra no lo podrá aguantar durante muchos años. Además, habría que revisar los usos y costumbres que se imponen como necesidades y que son artificiales y crean dependencia³⁴.

7. Valores carismáticos y proféticos de los Padres del Yermo

Los antiguos Padres del Yermo enseñaban a los novicios y aprendices de monjes por medio de la mistagogía. El maestro era un *apa* o anciano, no un profesor o maestro, sino un mistagogo, que inducía al recién llegado en su propia experiencia de Dios, de su ascesis, de la lucha espiritual para domar los vicios y conseguir las virtudes.

La idea sigue siendo de una asombrosa actualidad. Ahora se prefiere hablar no de “dirección espiritual”, por aquello de la terapia no directiva y para respetar la libertad individual, sino de “acompañamiento espiritual”. La última fórmula encaja mejor con

33 Puede ser útil la lectura de A. Oilivera Sánchez, *En el Desierto con los nómadas. (Donde se vive con lo justo y no por eso se es menos feliz)*, Madrid, Atenas, 1997.

34 Complementos a lo dicho los expuse en otro trabajo anterior: “El ‘hombre espiritual’ y la naturaleza a través de la historia”, en *Revista de Espiritualidad* 46 (1987) 53-81, especialmente, pp. 77-81: “Proyecto de una espiritualidad ecologista”.

la tradición de los Padres del Yermo. Pero exige del acompañante no sólo ciencia, sabiduría, preparación, prudencia, paciencia y otras virtudes humanas y cristianas, sino ser experto en el camino espiritual, haberlo recorrido con apasionamiento, estar enamorado de él. Creo que la lección de los sabios antiguos esta ahí provocativa para los futuros mistagogos y directores espirituales.

Lo mismo se podía decir de *su función carismática y la denuncia profética* que supone ese género de vida. Hoy se habla mucho de esas funciones de la vida religiosa, de la radicalidad del seguimiento de Cristo para que sea “signo” de los valores evangélicos, de las virtudes y actitudes que hemos descrito en páginas anteriores. Esto no significa que debamos copiar todo lo que ellos hicieron, sino que muchas de sus actuaciones pueden ser válidas todavía hoy como testimonio de los valores fuertes en contra de un cristianismo débil e insignificante para la totalidad de los ateos, indiferentes y agnósticos y poco creíble para los cristianos auténticos. La adhesión total al Dios trascendente y la relativización de los valores de este mundo y del cuerpo, la ascética moderada y con sentido humanista, podía ser también un modelo para los hombres de nuestro tiempo³⁵.

DANIEL DE PABLO MAROTO, OCD.

35 Una exposición más completa la encontrará el lector en mi estudio ya citado: “Espiritualidad de los Padres del Yermo. Pasado y vigencia en nuestro tiempo”, *Revista de Espiritualidad*, 62 (2003), especialmente, pp. 66-78: “II: Reviscencia y supervivencia”.

ABSTRACT

The “Desert Fathers”, 4th-7th century anchorites and cenobites, both from the East and the West, set up an enormously valuable and fruitful way of living Christianity. In the first part of this study, the author offers a historical analysis. By recalling the main printed sources, he gives reading keys to understand them as hagiographic literature, and the different lifestyles of the anchorites. In the second part, he makes a theological reading of the historical phenomenon, wondering about the sense of the accounts –are they history or theology?–, life as *historia salutis*, and eremitic life as mediation of reforms in Church History. In the third part, reflections and suggestions are offered about the significance of those deeds of the “athletes of exile” and its possible recovery in our days, at least of some of the ideals and reasons of the Desert Fathers.